

gritaban con histeria fingida que era malo y feo, que se fuera de allí.

Pero Mijaíl había crecido. Y esa noche estaba sin ganas de escuchar otra vez el cuento del Gran Ladrón que engullía sueños. Además, empezaba a molestarle que Marina recordara esas idioteces con tanta exactitud.

-Ya lo sé -le dijo.

Su madre fue incapaz de entender que Mijaíl había crecido, y estaba borracho.

-Ya lo sé.

Ella siguió hablando.

-Ya lo sé.

Ella siguió hablando.

-Ya lo sé.

Siguió hablando.

La mesa de metal, mal apoyada en el piso irregular de la casucha, se volcó hacia un costado. Mijaíl se molestó por eso, y se levantó sin terminar de comer. Pero levantarse sin comer no alcanzaba, así que pateó la silla. Pero patear la silla no consolaba, así que puteó a Dios.

Después salió a andar por el barrio, lento y triste, como si le hubiesen robado los sueños.

El carnaval había terminado. Mijaíl estuvo ausente tres días seguidos del circuito de venta. Y ese jueves, el auto blanco llegó una hora antes de lo acostumbrado. Atardecía para la tragedia.

El novio de Ángela le había hecho a Graciela un pedido especial: debía evitar que la chica cruzara a la plaza. Y Graciela, que acordó con la medida, logró mantener a

Ángela en cautiverio durante todo el jueves, cerrándole el paso con sus alas.

Ave de la soledad y el abandono, Graciela batió el aire con sus plumas polvorientas y ocultó la salida. Así impidió que Ángela cruzara la calle para hablar con Sabino. Ángela de Lyon y Sabino de Tarabuco no habían vuelto a verse desde el domingo de carnaval. Ángela había faltado al trabajo lunes, martes y miércoles. El jueves estuvo allí, pero no cruzó la calle hacia la plaza, ni siquiera salió a la puerta del negocio.

Fue el mismo jueves en que Renzo llegó a Lyon una hora antes de lo acostumbrado. Y se anunció con dos bocinazos cortos y chillones. Renzo era brillante alumno en las aulas de Odontología. Muchacho de buen rostro y buena altura.

-¿Tu novio tan temprano? -estimulada por la traición de la que formaba parte, Graciela aparentó asombro.

-Parece -Ángela levantó su cabello para airearse la nuca.

Graciela acomodaba prendas en su sitio, y no abandonó la tarea. Ángela tenía las manos sucias de revisar cajas con ropa de otoño. La chica llevaba una pollera tableada que parecía recortada de un libro escolar. Renzo entró a la almibarada cotidianidad de Lyon con una camisa costosa y fresca. Y miró sonriente la pollera tableada de Ángela.

-Viniste antes -murmuró ella.

-Hoy no tenés curso de diseño -dijo Renzo.

-No -contestó Ángela.

-Entonces te llevo a tu casa.

Graciela intervino con tono maternal para decirles que, si querían, podían irse antes. Total, lo que no se había

vendido en el día no iba a venderse a última hora y, en todo caso, ella se arreglaba sola. Con su experiencia detrás del mostrador no iba a asustarse por tan poca cosa.

En la plaza, Primo se echó junto a Sabino. El yuyero empezó a rascarlo detrás de las orejas.

Sentado en su lugar de siempre, Mijaíl arrastró la nariz mojada por su hombro derecho. Miró hacia los costados y hacia arriba en espera de la tormenta anunciada. Después corrió hasta el bebedero, donde tomó agua durante un largo rato. Se lavó la nariz enrojecida, después la cara.

No es que el puto estudiante de Odontología le cayera bien, pero la verdad era que el yuyero se había ido al carajo con lo de la piba. Y en todo caso a nadie le venía mal una pateadura. Una buena pateadura servía para acomodar las cosas, y obligaba a la gente a sentarse en su silla. ¿Acaso a él no le había pasado lo mismo? Claro que le había pasado, y gracias a eso entendía mejor la vida y vendía harinilla sin joder a nadie.

Ese pensamiento acalló su conciencia. Y Mijaíl regresó a su sitio, en el respaldo del banco, repentinamente tranquilo y conforme.

En *Lyon*, cada uno representaba plenamente su papel, unos con hipocresía, otros con inocencia:

-No hace falta, Graciela. Esperamos y te ayudamos a cerrar -dijo Renzo, buen rostro, buena altura y, sobre todo, buena educación-. Salvo que mi visita las moleste.

-Al contrario, ¿no, Ángela?

-Al contrario -y en la culpa, Ángela exageró-. Menos mal que viniste.

En la culpa, Ángela ofreció.

-Buscá una revista para mirar.

Pero no había revistas. La culpa ofrece mucho más que lo que puede dar. Y así se renueva.

-No importa -dijo Renzo-. En la plaza siempre hay algo interesante que ver.

Renzo pegó la frente al vidrio de la puerta y se puso a mirar a los dos hombres sentados en el banco de la plaza.

Vio al boliviano meter la cara en la pelambre reseca de su perro. Renzo hizo ruido de asco.

-¿Qué pasa?

-El boliviano está baboseando a ese animal leproso.

Ángela escuchó. Y pensó en su propio cuerpo, por fuera y por dentro.

Sabino Colque no había dado señales de vida desde su partida de Tarabuco, aunque recordaba con frecuencia a su madre y a sus tíos sanadores, a los que había conocido ya muy viejos.

Su familia tampoco lo buscó, nadie mandó a preguntar por él. Para qué, si los Colque sabían que las piedras del camino ya estaban escritas.

Para cuando fue un muchacho sus tíos habían muerto, y con ellos, el decoro y la renuncia del oficio. Sabino, que recordaba a los sanadores con desusada precisión, no quiso traicionarlos. Y se fue de Bolivia con sandalias de hule.

Pero nadie que calce sandalias de hule puede escapar de la miseria. Y ahora Sabino vendía yuyos en la zona antigua de la ciudad, a traición del oficio.

-¿Qué pasa, Colque?

El yuyero emergió de la pelambre incompleta del perro con una expresión extraña. Sus ojos tercos, negros, espejeaban por el llanto retenido.

-Y ahora, ¿qué me han hecho?

Sabino preguntó como una raza, no como un hombre. Mijaíl estaba demasiado irritado para aguantar ese cuento. Al fin y al cabo, no iba a pasar de una pateadura.

-¿Fumaste mal, Colque?

El comentario no alcanzó a deshacer la pregunta del yuyero, que sonó otra vez, más vieja y dolorida.

-¿Qué me han hecho?

-¡Terminala, Colque!, que no ando con ganas de escuchar puteríos bolivianos.

Mijaíl se burló con voz chiquita:

-“¿Qué me han hecho? ¿Qué me han hecho?”

Mijaíl gritó sin necesidad aparente:

-¿Cómo mierda voy a saber lo que te hicieron?

Y remató a su modo:

-Yo no te lo hice.

Primo ladró.

-Véngase, Primo -pidió Colque.

Mijaíl bajó la voz, listo para retomar un discurso tranquilo.

-Si ustedes mismos se desprecian, Colque... ¿Por qué, si no, andan buscando antepasados gloriosos? ¡Incas! ¿Sabés por qué, Colque? Porque en el fondo ustedes admiran a los imperios.

Desvaídamente, casi sin ganas, Sabino pensó que él no era inca, pero guardó silencio. ¿A qué decirlo, con qué ganancia? Si ya Mijaíl estaba de pie, haciendo sus cosas necesarias: buscar un pañuelo en su bolsillo para secarse mejor la nariz, mirar la hora, plegar el bastidor con las baratijas. ¿A qué decirlo si, de cualquier forma, Mijaíl no iba a escucharlo?

-Mañana nos vemos, hermano -dijo Mijaíl.

Y en esa exageración de hombre culpable, también se equivocó.

El atardecer estaba cumplido, tanto que Sabino Colque llegó a pensar que su presentimiento de desgracia era errado. Y que, a lo mejor, Mijaíl había acertado en lo del mal fumar. O a lo mejor era el hígado, que seguía devolviéndole los excesos del carnaval y por eso sentía turbaciones y retorcimientos. Dio unos golpecitos en el lomo de Primo para indicarle, que ya volvían a la pensión. A lo mejor no le pasaba nada malo, a lo mejor no se moría...

Los artesanos que ocupaban el paseo central se estaban yendo. Enfrente, *Lyon* bajaba las persianas de metal. Ese sonido le hizo pensar que era mejor irse antes de que Ángela saliera. Tomó el camino de siempre, el que había hecho durante el año y medio que llevaba durmiendo en la misma cama. Aunque no alcanzó a pensarlo con claridad, Colque lo hizo por el convencimiento de que si algo había de suceder, sucedería. No importaba el camino que él tomara.

Un patrullero esperaba estacionado en la esquina siguiente.

* San Miguel y su corte de ángeles arcabuceros. Mírelos, hijo. Mírelos con fijeza y vea que estos ángeles, blandos y carnales como mujercitas, empuñan arcabuces. No se engañe, hijo. Llévelos con cuidado. San Miguel y sus ángeles arcabuceros... Trátelos como conviene, como se trata al viento: procurando irle a favor.

Sabino reconoció a los dos agentes que se apoyaban en el baúl. Muchas veces le pedían yuyos, igual que le pedían harinilla a Mijaíl. Agachó la cabeza para ver si pasaba de largo, pero había una piedra escrita en su camino que le impidió seguir.

Un tercer policía bajó del auto. Le cortaron el paso para pedirle papeles con la certeza de que no los tenía. Nunca antes les había importado los documentos del yuyero que no daba problemas. Y además era amigo de Mijaíl.

Mientras caminaba hacia el auto, flanqueado por dos policías, Sabino pensó que nadie en el mundo iba a darse cuenta de que, esa noche, él no llegaba a su cama. Levantó los ojos y miró la calle alrededor. El miedo lo volvió a su madre.

¡Ea, dignate venir, madre mía! Destino oscuro, destino blanco. Excremento blanco, excremento amarillo.

Recién entonces Sabino Colque recordó a su perro y giró la cabeza para buscarlo. Estaba contra una pared, alerta, la mirada fija sobre el miedo de Sabino Colque.

-Espéreme, Primo -le dijo-. Yo vuelvo...

Esa era la palabra que el destino necesitaba para seguir andando. Un tonto nombre de perro que azuzó el cinismo policial y alimentó la desgracia.

-¡Cierto que el perro es primo tuyo! -recordó el que rodeaba el auto para sentarse al volante.

Si no hubiese dicho nada, si Sabino se callaba la boca, los policías no habrían reparado en el perro.

Pero el sudario de la tragedia se teje de ese modo.

-Si el perro es primo tuyo también es boliviano.

-¿Es boliviano el perro?

-¿Y tiene permiso?

-A ver los papeles del primo boliviano de Sabino.

-¿No tiene papeles?

-Entonces, el perro también viene con nosotros.

El auto se alejó con tres policías, Sabino y su perro sobre las rodillas.

No hay tragedias ajenas. Cada tragedia habla de todos los hombres.

Subidas sobre zapatos de altos tacones manifiestan el dolor a viva voz, esperando hacerse escuchar por los que avanzan hacia su destino.

* La tragedia comenzó cuando, anunciando la llegada del hombre, un macho cabrío coceó la tierra y cantó.

La tragedia acabará el atardecer en que un macho cabrío cocee y cante, anunciando que el hombre se ha ido para siempre.

II

Hasta el día en que Graciela decidió que el colorado le gustaba, Mijaíl y Sabino Colque fueron, para las empleadas de *Lyon*, apenas dos habitantes de la plaza con los que intercambiaban un mínimo saludo. Encuentros que ocurrían cuando las mujeres decidían almorzar sentadas en el pasto, mirando la tienda por si caía alguna cliente.

Hasta el día en que Graciela comenzó a acariciar a Mijaíl con los ojos, era impensable la noche de carnaval que sucedió después.

-¿Te digo una cosa, nena? Mijaíl me gusta.

Así decidía Graciela olvidar la última decepción amorosa y enfrentar la próxima. En esa ocasión, no tenía mucho de qué quejarse. La verdad es que el último tipo ni

siquiera fingió una mala relación con su esposa, y mucho menos sugirió que fuera a divorciarse. Al contrario, después de un coito huraño prendió un cigarrillo para hablar orgullosamente de su familia. Dos hijos, buenos chicos... Y una esposa que no tenía necesidad de salir a trabajar y podía ocuparse de la casa. Graciela le dio la razón con entusiasmo verdadero diciendo que, con la suerte de un marido que se hiciera cargo, a ella también le hubiera encantado dedicarse a la casa. Entonces el hombre se vistió para irse, posiblemente molesto por la comparación que Graciela había insinuado.

-Lo miro a Mijaíl, y es como si fuera la primera vez que lo veo. Está lindo el colorado...

Ángela sonrió. Graciela ya estaba en los ajetresos de la cacería.

-¿Qué vas a hacer? -le preguntó.

-Por lo pronto, pedirle que haga una pulsera con mi nombre.

-Que la haga, no. Que la consiga será, porque revende.

-Que la consiga, entonces -Graciela estimaba el estado de sus uñas pintadas.

Aquel mismo día, a la hora del almuerzo, las empleadas de *Lyon* cruzaron la calle, eufóricas y exageradas como adolescentes, porque Graciela había decidido abordar a Mijaíl.

Antes de salir del negocio buscaron sus viandas.

-¿Nada más que una manzana? -preguntó Graciela.

-Sí -contestó Ángela y se golpeó el nacimiento de los muslos-. Yo enseguida me ensancho de acá. Renzo tiene buen ojo y ya me dijo que tenía que bajar un poco antes del verano.

Ángela llevaba pantalones blancos y una camisa a rayas grises y rosadas. Sandalias, y el cabello apenas sujeto para despejarse la cara.

Habría podido ser solamente hermosa. Pero era su virtud parecer, a toda hora, recién empapada en un río. Su belleza tenía relación con los fluidos internos; era resultado de una sangre con privilegios.

Las empleadas de *Lyon* cruzaron a la plaza de siempre con intenciones nuevas.

Para lograr un gesto que la favoreciera, Graciela empezó a sonreír mucho antes de que Mijaíl pudiera verla.

-¡Buenas...!

Tanta familiaridad de la cuarentona no era habitual, algo traía.

Mijaíl saludó con afabilidad aunque sin moverse de su sitio en el respaldo del banco. Sabino Colque, en cambio, se puso de pie.

-Buenos días, señoras -pronunció completo.

Era apenas más bajo que Ángela, y muy delgado. No era sencillo imaginar cómo conseguía que su ropa, lavada en los piletones de cemento de una pensión, luciera impecable.

-¿Sabés lo que quiero? -dijo Graciela, dirigiéndose a Mijaíl.

La forma de empezar el pedido fue categórica. Mijaíl no se dejó sorprender:

-Ojalá sea lo mismo que quiero yo.

Mijaíl y Graciela eran, cada uno a su modo, viejos comerciantes de la zona. Ángela y Sabino, cada uno con su carga, habían llegado mucho después.

El vendedor de harinilla había visto cambiar la marca y el color de los autos que se detenían a esperar a Graciela en la puerta de *Lyon*, a la hora de cierre, una o dos veces por semana.

Graciela, como todos en la zona, conocía el verdadero quehacer de Mijaíl. Al principio, cuando el hombre pelirrojo inició su comercio en la plaza, ella tuvo miedo. Hablaba con cautela del narcotraficante. Expresión desproporcionada, la hubiera corregido Mijaíl, para una venta de harinilla al menudeo.

Luego, Graciela supo que Renzo, encantador, cariñoso y brillante alumno en las aulas de Odontología, solía tratar con Mijaíl. Entonces se vio obligada a mover sus coordenadas éticas.

Ese mediodía de buena primavera, miraba al intermediario sin ningún temor.

"Ojalá sea lo mismo que quiero yo", acababa de decir Mijaíl.

-No creo... A no ser que quieras una pulsera con mi nombre.

En el otro extremo del banco, como si fuera en el otro extremo del mundo, Ángela miró a Sabino, que aún continuaba de pie.

-¿Tu nombre es Sabino, no?

-Sabino.

La verdad era mejor. Era la bendición de uno de los tíos sanadores.

Cuando nació, el niño no parecía apropiado para sobrevivir. Prematuro y demasiado débil. Pero uno de los tíos

aseguró que el nombre bautismal podía salvarlo. Le ponemos Sabino, dijo sin explicar la causa de su elección. Y al día siguiente, el recién nacido empezó a mamar con ganas.

-¿Tu nombre es Sabino, no?

-Sabino.

La brevedad de la respuesta obligó a Ángela a buscar el modo de seguir conversando, para darle a Graciela un poco más de tiempo para sus coqueteos. Entonces recordó la extraña danza que, en los atardeceres, veía desde las vidrieras de *Lyon*.

-¿Qué es eso que hacés, como si bailaras? -Ángela no podía explicarse.

Sabino asintió. Sabía lo que Ángela quería decirle.

-Es saludar al Sol cuando se va.

-¿Y ustedes lo saludan todos los días?

-Como a la gente.

Ángela quiso entender mejor. En realidad, hacía mucho tiempo que no sentía tantas ganas de entender mejor alguna cosa. Últimamente se conformaba con que entendiera Renzo y después la llevara de la mano.

-¿Sirve para algo? ¿O es una cosa que se hace en tu país?

-Sirve, sí. Para acordarnos de que estamos acá.

Ángela quiso entender mejor. Como quería entender cuando era una niña frente al espejo y su madre la peinaba. Su madre nunca dejaba preguntas sin responder.

-¿Por qué te vas a dormir al hospital, mamá?

-Porque allá tienen unos aparatos muy grandes que no se pueden traer a una casa.

-¿Por qué llora papá?

-Porque es un sonso y tiene miedo de dormir solo. Y cree que a la mañana se le van a quemar las tostadas.

-Yo lo voy a ayudar.

-Gracias, Ángela.

Los ojos negros de Sabino, los ojos azules de Ángela, tierra y agua, si se juntaban, se hacían barro.

-¿Cómo es el saludo al Sol, Sabino?

Para explicarlo, y sin levantarse de su sitio, Sabino realizó movimientos pequeños y precisos.

-El motor está en el vientre. La energía se aplasta con los talones y la cadera, después es un torniquete con todo el cuerpo, se arrastra algo que está en la planta del pie y se aplica en el pecho. Pateás pero el pie se frena antes de llegar al piso. Retorcés el aire a los costados, buscás con la mirada algo que vuela y saltás para atraparlo.

Buscás con la mirada algo que vuela y saltás para atraparlo. Algo que vuela y saltás para atraparlo. Saltás para atraparlo, Ángela.

-¡Nena, vamos! -llamó Graciela. Enseguida se dirigió a Mijaíl-. Ya te tomé la palabra, no vaya a ser que te echés atrás.

Graciela sacó unas pelusas de su pantalón. Y se arqueó un poquito hacia atrás para irse con mejor figura.

Era costumbre que, todos los días, Renzo llegara en su auto a buscar a Ángela cinco minutos antes de la hora de cierre del comercio. Siempre puntual.

Cuando vieron el auto, las mujeres sonrieron. No iban a contarle que, ese día, Graciela había decidido tener un

amorío con Mijail. Y que Ángela había hablado con el yuyero boliviano sobre el saludo al Sol. A qué decírselo, si todo parecía inofensivo.

-¿Qué cuentan hoy mis chicas? -dijo cuando entró a Lyon.

Graciela y Ángela estaban listas para cerrar. Cayó una persiana, cayó la otra. Graciela cerró con todas las precauciones.

-Qué hermosa noche -dijo Ángela.

Le dio un beso a Graciela y se disculpó por no acercarla hasta la parada del colectivo; llegaba tarde al curso de diseño. Graciela la espantó con un gesto cariñoso. Y los saludó con la mano cuando el auto de Renzo arrancó con el ruido que a él le gustaba.

Los pantalones blancos de Ángela estaban un poco arrugados. Renzo se lo hizo notar.

-¿Cómo está tu mamá?

-Está bien -respondió Renzo-. El otro día me dijo que tiene ganas de verte.

Unas cuadras después, sin decir nada, se desvió del camino. Ángela entendió enseguida.

-Hoy no... Tengo una clase importante. Nos van a enseñar todo tipo de escotes.

Renzo se rió. Parte de la harinilla que Mijaíl le había provisto ya andaba por dentro, provocándole el temperamento:

-¡Todo tipo de escotes! -Renzo la miró apenas-, Eso sí que es jodido, ¿no Ángela? Aprobás "Escotes I", "Escotes II", y después te vas becada a Harvard, o a la Nasa.

Ángela se miraba los pies.

-A ver, Ángela, te quiero escuchar hablar sobre escotes.